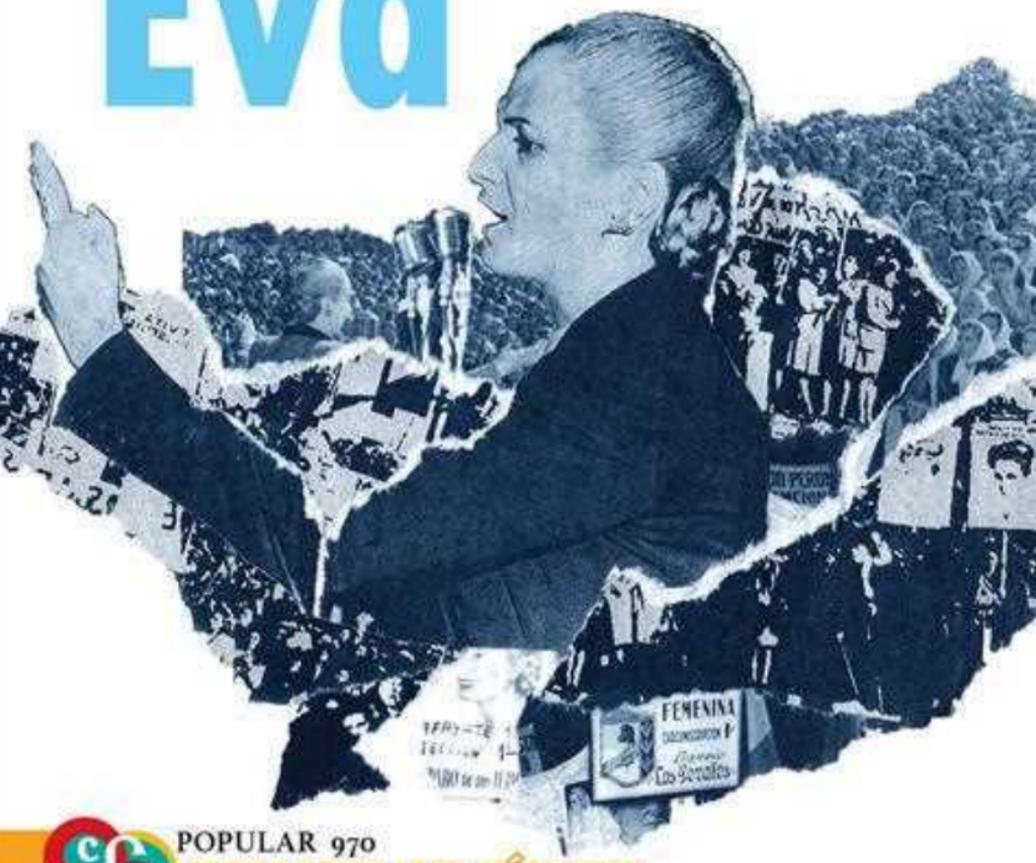


Iaia Caputo

Traducción de María Teresa D'Meza
y Rodrigo Molina-Zavalía

La versión de Eva



POPULAR 970

NOVELA HISTÓRICA

COLECCIÓN POPULAR

970

LA VERSIÓN DE EVA

IAIA CAPUTO

La versión de Eva

Traducción de
MARÍA TERESA D'MEZA
y RODRIGO MOLINA-ZAVALÍA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en italiano, 2022

Primera edición en español, 2024

Caputo, Iaia

La versión de Eva / Iaia Caputo ; trad. de María Teresa D'Meza, Rodrigo Molina-Zavalía. — México : FCE, 2024

247 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 970)

Título original: La versione di Eva

ISBN 978-607-16-8542-1

1. Novela histórica 2. Perón, Eva – Biografía 3. Novela italiana 4. Literatura italiana – Siglo XXI I. D'Meza, María Teresa, tr. II. Molina-Zavalía, Rodrigo, tr. III. Ser. IV. t.

LC PQ4861

Dewey 853 C132v

Distribución mundial en español

© 2022, Mondadori Libri S. p. A., Milán

Título original: *La versione di Eva*

D. R. © 2024, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

D. R. © 2024, Fondo de Cultura Económica Argentina, S. A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Diseño de portada: Clarissa Rivero Treviño

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-8542-1

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Nombre que estás en el centro
tu sonido vibra y se perla de voces
pero ninguna te ata, ninguna te gana en
sonidos, en letra y en número. A tus soledades
nunca llamado. Es todo tan extraño.
O así me parece. Tan extraño.
Te vigilo, te investigo, me acerco a
milímetros. Te tengo en la voz
sin que salga en sonidos.

MARIANGELA GUALTIERI,
“Nome che stai al centro”

I

Quién me dirá cómo eras y quién fuiste.

JORGE LUIS BORGES, "Junín"

Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

[...] ¡Está parada! —grita el coronel—. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

RODOLFO WALSH, "Esa mujer"

CUANDO el tren por fin rugió su entrada en la estación de Retiro, Domingo Russo Gutiérrez apretó en su mano, fuerte y enjuta, la mano regordeta de su hijo Pedro, en un gesto instintivo de protección, aunque no por ello innecesario. Con una mirada ordenó al niño que permaneciera sentado en el banco de madera del vagón de tercera clase que les había entumecido las asentaderas, y esperó a que descendieran al andén sus paisanos de la región entrerriana de Chajarí, muchos de cuyos rostros le resultaban familiares y otros tantos desconocidos junto a los demasiados pasajeros que llegaban de la pampa. Fue una espera extenuante, de más de una hora; tanta era la gente que confluía en Buenos Aires ese día y que, una vez alcanzada la plataforma cubierta y luego, con lentitud y esfuerzo, el vestíbulo de la estación, seguía avanzando, entre sollozo y sollozo, dando pequeños pasos que hacían que la multitud pare-

ciera una gigantesca reunión de pingüinos incrédulos y desconcertados.

Con su estatura de niño de ocho años, Pedro a duras penas alcanzaba los culos inmensos de las mujeres agotadas por los demasiados embarazos y más de una vez había tenido que evitar que el asta de un estandarte lo dejara ciego o se le clavara en el esternón. De vez en cuando alzaba la mirada hacia la imponente figura de su padre y hallaba respuesta a cuanto buscaba en su expresión de calma y seguridad. A Pedro le parecía que, por el contrario, todas esas mujeres —que habrían podido llamarse Pilar o Consuelo, Rosario o Francisca, Charo o María— y esos hombres —¿cuáles podrían ser sus nombres?, Vicente, Arcadio, Juan, Domingo, como su padre, o incluso Bartolo o Eusebio— llevaban escrita, en los rostros curtidos por el sol y cuarteados por el viento, en los rasgos esculpidos de los antepasados indios, en las facciones fuertes del sur italiano, y en los más pálidos del norte, en parte oculta por bigotes criollos y por la tez sonrosada de las jóvenes campesinas españolas, la temerosa indecisión de los provincianos que llegaban por primera vez a la caótica e infinita capital.

El blanco y negro granulado de los documentos filmados no ayuda, pues prevalece sobre los eventuales tonos pastel del cielo la pesadumbre trágica que entonces solía estar presente en los grandes momentos oficiales. Mas, si su vocabulario sencillo de niño criado entre vacas y naranjos no se lo hubiera impedido, Pedro podría haber descrito el clima del 22 de agosto de 1951 como un anticipo de la primavera. Más que de fiesta, ya desde la madrugada del día anterior Buenos Aires aparece inmersa en una felicidad eléctrica: todo el país se ha paralizado por el feriado nacional decretado para facilitar la presencia de los traba-

jadores, mientras que la CGT, la Confederación General del Trabajo, ha dispuesto trenes, autobuses y camiones que desde los rincones más recónditos de la Argentina siguen expulsando a mujeres, ancianos, niños, trabajadores organizados y hombres solos, algunos con maletas de cartón al hombro, otros con banderas en las manos. Las delegaciones sindicales colman las aceras con pancartas. Casi en todas partes resuenan himnos patrios, la gente entona canciones y consignas peronistas que surgen espontáneamente y mueren como breves fuegos artificiales. Entre la masa de *descamisados*,* tan queridos por Evita, sobresalen unas manchas blancas, son enfermeras en uniforme que, con ojos incrédulos, se dejan llevar por el flujo incesante de la multitud hacia los majestuosos edificios de la capital. De todos modos, no sabrían adónde ir. Vienen de San Miguel de Tucumán, Bahía Blanca, Cañuelas, desde pueblos que son poco más que conglomerados de una docena de casas, de barrios obreros como Avellaneda o Lanús, tan alejados del centro de la capital que nunca han puesto un pie allí. Para la mayoría de esos *grasitas* Buenos Aires ha sido hasta ese momento sólo un nombre: solemne, definitivo, subyugante. El nombre de una ciudad tan distante como una galaxia. O de una tierra prometida. Muchos la conocieron en un brumoso amanecer, cuando con los ojos llorosos y las piernas doloridas descendieron de los barcos que los mantuvieron cautivos durante semanas. Apretujados en un desorden de cuerpos condenados a una proximidad que con el transcurso de los días se ha vuelto escabrosa, la ansiedad por la travesía, convertida en aliento y luego en un aire viciado compartido en el reducido espacio disponible, que al

* Todas las palabras en castellano que se destacan en cursivas aparecen en esta lengua en el original. [т.]

volver a pisar tierra firme sentían que ésta estaba hecha de mantequilla, tan grande era la inseguridad de volver a ser bípedos que el mar había dejado en sus extremidades.

Al llegar al puerto, apenas unos pocos habían alzado los ojos hacia el cielo lechoso de la madrugada: miraban, ansiosos y aterrorizados, a la altura de los ojos, en busca de algún rostro conocido o de un pariente lejano que décadas atrás se había aventurado hacia Argentina y a quien ya no recordaban. Escuchaban que alguien llamaba a *Vicie*, *Lucía*, *Salvatore*, *Gaetano* o *Ernesto*, y con cada nombre que no era el propio se sentían más solos y angustiados, solos y extranjeros, solos y perdidos.

Nunca han visto un edificio, y ahora se encuentran frente a catedrales de hormigón, alguien señala el Arco de Triunfo como punto de referencia. “Es por ahí”, se oye. “Por ahí”. Pero no haría falta: la multitud, que en las primeras horas de la tarde alcanzará el millón y medio de personas o quizá dos millones, es un solo cuerpo tembloroso en marcha hacia el edificio del Ministerio de Obras Públicas, frente al cual se ha montado el palco. Muchos no tienen ni un centavo en el bolsillo, pero no importa, *ella* ha establecido que todo sea gratis: transporte, cafés, hoteles, restaurantes; las comidas y las bebidas se distribuyen en cada esquina. A media tarde la avenida Nueve de Julio, desde el palco hasta el Obelisco, es una alfombra que se mueve por sí sola: su textura humana es tan densa que no cabría en ella ni un alfiler.

La luz invernal que lentamente va despidiéndose se está haciendo fría. El cielo, que ya no es el telón de fondo de un azul intenso suavizado por la blandura esponjosa de las nubes en movimiento, ha adquirido la consistencia de una lámina de vidrio que cierra el horizonte. Las sombras de la oscuridad que pronto caerán comienzan a en-

negrecerse mientras la multitud se estremece en un espasmo de ansiedad. Faltan pocos minutos para las 17:30 y el palco comienza a cobrar vida.

Dominico, por el contrario, se desplazaba con soltura por las calles de la capital, y su mano, siempre aferrada a la de su hijo, había permanecido seca a pesar de que el gentío parecía querer tragárselos y de que les tomaría horas llegar hasta el Obelisco. Peronista de la primera hora, había terminado ocupando cargos de prestigio en la provincia de Entre Ríos y, convocado con cierta regularidad por el partido, obviamente no se encontraba por primera vez en Buenos Aires. Sin embargo, salvo ese día, que no se habría perdido aun cuando hubiera tenido que viajar a lomo de burro, no podía decir que le agradase el alboroto de la ciudad. Como la mayoría de los provincianos, siempre regresaba a su casa aturdido y algo irritado.

Cuando Pedro dejó de olisquear traseros y de esquivar los palos de gallardetes y banderas fue porque cierta fuerza inexplicable los había lanzado como una corriente de aire hacia adelante, más adelante, siempre adelante, hasta que se encontró aplastado contra una larga fila de vallas bajo la custodia de hombres uniformados. Entonces, frente a él apareció una escenografía que podríamos describir como una buena síntesis de estética fascista y ostentosis hollywoodense. Un triunfo de blanco cegador. A ambos lados del palco que reproduce un balcón, las gigantografías del general y de su esposa, debajo de las cuales destacan las siglas del sindicato, CGT, en grandes letras mayúsculas, y entre los dos íconos, un arco alto compuesto por los nombres de los ídolos: Perón-Eva Perón.

A las 17:30 en punto, anunciado con voz estentórea por uno de los hombres en el palco, hace su ingreso Juan Domingo Perón. En ese momento Dominico tomó a su hijo en

brazos, y Pedro recordaría por el resto de su vida la emoción que sintió no tanto y no sólo por haber conseguido la visual de un adulto, sino porque tuvo la certeza de que su padre había querido levantarlo hacia el presidente, como si buscara una bendición, un viático sagrado. El gesto le pareció imbuido de orgullo y emoción. Y por un breve instante tuvo la ilusión de que el *caudillo* en realidad lo miraba a él, a él solo, directamente a los ojos, complacido. Después, nada más.

Una panorámica aérea enmarca cientos de miles de banderas y pañuelos ondeando, un muro que de repente se yergue de la nada, y la masa delirante parece inclinarse, si bien no tiene espacio para hacerlo, hacia el general, como una amante deseosa.

Aquí está, finalmente. Alto, macizo, con el pelo engominado, se asoma saludando con el habitual gesto de brazos abiertos en alto. Viste de civil, la típica sonrisa de Gardel, el aire bonachón de un padre de familia que se permite algunas escapadas pero siempre regresa a casa por la noche.

Eva, en cambio, no está allí.

II

CUANDO vi que Perón llegaba solo tuve un mal presentimiento. Temí lo peor. Sin embargo, yo estaba en el palco con una veintena de compañeras de la delegación del Partido Peronista Femenino y todas sabían de mi amistad con la señora. Me esforcé por mantener una expresión serena, pero ellas me miraban y me miraban, como si quisieran preguntarme: “Nélida, entonces, ¿qué pasa?” Sus ojos eran un enjambre de avispas; afortunadamente el general empezó a hablar y giré la cabeza hacia él.

Mi tarea en esos agitados días había sido traer a cuatrocientos trabajadores desde la provincia de Tucumán e instalarlos en la capital, entre las casas de compañeros del sindicato, hogares de tránsito y el Hotel de los Inmigrantes. Corría de un lado a otro de la ciudad dejando a todos con la misma orden: el día 22 por la mañana tenían que levantarse a más tardar a las cuatro y dirigirse a la Nueve de Julio para ocupar una posición central.

La tarde anterior al *Cabildo Abierto* la señora me mandó a llamar. Me recibió en el Palacio Unzué, la residencia presidencial, situada entre Austria y Alvear, casi frente a la Plaza Francia, donde ahora se encuentra la Biblioteca Nacional... Tenía una arquitectura bellísima, ¿sabe? Y pensar que esos salvajes la demolieron después del golpe de 1955... ¿Dónde estábamos? Ahora pierdo el hilo a menudo, lo siento. Ya está, en el Palacio Unzué. Me esperaba en la pequeña antecámara que comunicaba con el dormitorio: no era la primera vez que me recibía allí, y en aquellas

horas había miles de buenas razones para ser convocada con urgencia.

Me parece verla como si la tuviera aquí, ahora, frente a mis ojos. No le digo nada nuevo, a mi edad una se olvida de lo que almorzó y se acuerda del color del vestido que llevaba a los seis años el Domingo de Resurrección.

Llevaba pantalones oscuros y una camisa bastante holgada, quizá de seda. Estaba acurrucada en un sillón, con el cabello suelto sobre los hombros. Como usted sabe, siempre lo llevaba recogido en un chongo bajo; sí, le quedaba bien, le favorecía, pero en cuanto podía se liberaba de él como un soldado de su armadura. De hecho, lo primero que hacía cuando llegaba a casa era soltarse el cabello. Pero me estoy yendo por las ramas, disculpe.

Todavía no me había sentado en el sillón frente al suyo cuando me dijo:

—De Miguel, no voy a ser vicepresidenta.

Nunca me llamó Nélide, nunca, siempre con el apellido, De Miguel. Sentí que me fallaban las piernas.

—Señora, pero ¿qué está diciendo? —tartamudeé.

Me sentía confundida, asustada. A partir de 1948 la consigna más difundida había sido “Perón cumple, Evita dignifica”. Ya no era sólo la esposa del presidente, carajo, sino el propio corazón del peronismo, ¿y ahora se apartaba? O había enloquecido o algo grave estaba pasando. Muy grave.

—Lo que estás oyendo —me respondió.

—¿Sabe lo que trabajamos todas por esto? —me atreví a contestar.

—Ahora vengo —me dijo mientras se ponía de pie.

Fue al baño y se quedó allí un buen rato mientras yo me atormentaba. ¿Qué pudo haberla hecho cambiar de opinión, y a pocas horas de aquella manifestación que pro-

metía ser apoteótica? Porque ya desde abril Buenos Aires estaba tapizada con su imagen y con carteles invitando a votar por “Perón-Eva-Perón. La fórmula de la Patria”, con vistas a las elecciones del 11 de noviembre. Serían las segundas de la era Perón, pero las primeras de la historia argentina en las que, gracias a Evita, votarían las mujeres. Era la CGT la que había organizado todo, pero nadie del gremio —y mucho menos el secretario, Espejo, el hombre más cercano a ella— se atrevería a pergeñar una campaña de esa magnitud sin su consentimiento.

Mentiría si dijera que nunca había oído hablar de su enfermedad. En enero de 1950 Oscar Ivanissevich, una eminencia que en ese momento también era el ministro de Educación, la había operado de apendicitis. Sólo mucho tiempo después se supo que ya en esa ocasión le habían diagnosticado cáncer de útero. Y tanto antes como después de la operación se había desmayado más de una vez en público, tras un discurso, y también en la Fundación, según me contaron. Se sabía que tenía una salud delicada, circulaban rumores de una anemia severa y murmuraciones cada vez más insistentes sobre algo grave, pero cuando ella volvió a sentarse delante de mí, pálida no, cadavérica, me di cuenta de que todo era cierto: la Señora tenía cáncer y estaba muriendo.

III

Es VERDAD, nos desplazamos solos desde la residencia, la Señora, la escolta y yo, como de costumbre en las ocasiones oficiales: mi papel como secretario personal de los Perón así lo preveía. En el auto no dijo ni una sola palabra, estaba muy tensa, seguía estrujando el fleco del chal que había tomado en el último momento porque el viento soplaba más fuerte, y no hacía más que preguntar: “Renzi, ¿vos sabés cuántas personas hay ya en la plaza? Renzi, ¿ya se han repartido las viandas en la Recoleta?”, pero eran preguntas útiles para cubrir ese silencio eléctrico que ya saturaba el aire en el auto; estaba distraída, distante, la conocía lo suficiente como para entender que su cabeza estaba en otra parte.

Eva sabía que había mucho en juego. Desde hacía meses estábamos rodeados de conspiradores, de rumores —más que susurros— de un inminente *golpe* de Estado, y los militares habían amenazado abiertamente a Perón. O nosotros o ella. Estábamos en el 51 y para esa gente una mujer vicepresidenta significaba una afrenta personal, una abominación; peor, una herejía.

El general era un político, un mediador nato, y había crecido en el Ejército, lo consideraba su familia. Ni siquiera en el 55, cuando lo depusieron, tuvo el coraje de entablar la batalla final...

Usted quiere saber si Perón había sido claro con Eva sobre su candidatura. Por desgracia no puedo responderle, simplemente porque la claridad no estaba entre las muchas virtudes del general: como es sabido, él le daba la razón al

interlocutor, lo tranquilizaba con amplios movimientos de cabeza, le manifestaba su pleno asentimiento, para luego hacer lo mismo con el siguiente, partidario de una postura o de una petición contraria. Digamos que, más que nada, había que interpretarlo.

Así que puedo afirmar sin temor a equivocarme que en los días previos al 22 de agosto la Señora buscaba frenéticamente su consentimiento, y le aseguro que eso no sucedía a menudo. “¿Qué tengo que hacer?”, le preguntaba todo el tiempo. “Decime vos qué hacer.” Estaba inquieta, atormentada, indecisa. Perón, imperturbable como siempre, se limitaba a contestarle: “Preguntale a tu conciencia”. ¿No era exactamente una frase de la transparencia del cristal, a usted qué le parece? Yo diría que recuerda una de esas respuestas que la pitia daba a los pobres caminantes extraviados. Por supuesto, no era un “sí”, pero al mismo tiempo tampoco era un “no”.

Sin embargo, creo, y es sólo una opinión personal, que desde diferentes posiciones, por distintas razones, ambos habían decidido no decidirse, apostar al momento, al azar. Pero nadie, ni siquiera ellos dos, podía imaginar lo que sucedió después.

Evita, si no me falla la memoria, llegó al palco a eso de las seis, tal vez más tarde... Y entonces su presencia bastó para que todos sintiéramos, sin distinción, que el espacio que ella ocupaba no era sólo el espacio político, que ella también se había ganado, ya no podía medirse con la vara del amor que había dado y recibido de sus *descamisados*. Era un espacio místico, un espacio mágico e ilimitado que excluía a todos los demás. Y, antes que a todos los demás, de una manera completamente inesperada, inaudita, estaba relegando a Perón a un segundo plano, se había convertido en una superficie transparente que reflejaba la luz del sol, y *ella* era el sol.

IV

DECIDIÓ que no iría. Las multitudes no eran para él. Como de costumbre, salió al amanecer a comprar los periódicos y experimentó una sensación inquietante: era como deslizarse en un embudo de silencio. Y de espera. La ciudad parecía un gran pulmón que hubiera inhalado todo el aire disponible, decidida a contener la respiración hasta ese fatídico momento.

Brevilíneo, con prematuras entradas en las sienes y, como un único rasgo que lo sustraía de las facciones más ordinarias, una nariz prominente que le caía como un dosel sobre sus finísimos labios, el peluquero era un hombre solitario y metódico. Desde la calle Paraguay, donde vivía, en el barrio de Palermo, hasta Gurruchaga las persianas metálicas de los comercios estaban todas abajo, sólo paseaban un par de perros sarnosos y unas viejecitas volvían de la misa. Julio prolongó el paseo sobre todo por obstinación, acaso molesto al darse cuenta de la excentricidad de sus intenciones: no podía creer que fuera el único, a excepción de algunos opositores radicales o, peor aún, comunistas —sin duda encerrados en sus viviendas y con las cortinas cerradas—, que no había asistido a la asamblea del Cabildo Abierto. Así que siguió hasta la avenida Canning, reconfortado por la idea de que Pepe, su barbero, que maldecía los domingos porque se veía obligado a la agonía de pasar un día entero con su mujer, sus cinco hijos y la carga adicional de sus suegros calabreses, mantendría abierta la peluquería. Tomó por Guatemala y, mientras se acer-

caba a la arteria principal, el ruido de los cientos de miles de personas que marchaban por la Nueve de Julio le pareció el de una bestia gigantesca que, al moverse, producía una vibración subterránea en toda la ciudad. Y entonces, presa de una inquietud que volvía irregulares sus latidos, una agitación en sus miembros, una especie de cansancio nervioso, decidió volver a su casa. Sí, seguiría la ceremonia por la radio, podría ir a ver a Pepe al día siguiente.

Alrededor de las tres sonó el teléfono. La Señora quería que fuera a encontrarse con ella en el Ministerio de Obras Públicas, detrás del palco.

—Imposible —respondió—. ¿Cómo llego allí con la ciudad bloqueada?

—No se inquiete, Alcaraz, pasarán a buscarlo en un cuarto de hora.*

Julio la encontró frente a la ventana contemplando el espectáculo desde arriba. Estaba de espaldas a él, pero no necesitó voltearse para reconocerlo. Su voz parecía provenir de las oscuras profundidades de un pozo.

—Ah, sos vos, suerte que te encontraron —la tristeza de Evita era indescriptible.

Le pidió que le hiciera un chongo doble y él comenzó a peinarla. Lo venía haciendo desde 1944, transformando con el tiempo, mechón a mechón, la melena suelta y todavía castaña de la joven actriz en busca de una portada de revista de farándula, en ese riguroso peinado rubio, cada

* El diálogo está basado en *Santa Evita*, de Julio Alcaraz: "A eso de las tres sonó el teléfono. Me convocaban con la mayor urgencia al edificio de Obras Públicas, que estaba detrás del palco. '¿Cómo podré acercarme?', pregunté. 'La radio dice que hay una muchedumbre nunca vista.' 'No se inquiete por eso. En quince minutos pasamos a buscarlo.'" [T.]

vez más rubio, hasta encontrar la tonalidad exacta entre el trigo en su apogeo estival y el oro *divino* de las pinturas de Giotto, listo para acompañar un perfil de relieve heráldico, el rostro de una líder y una santa. Julio Alcaraz había sido esto: servidor y Pigmalión de una obra maestra estética y política a la vez.

Ella ya estaba lista, con ese traje sastre negro y la blusa blanca con que cientos de camarógrafos la filmarían unas horas más tarde; y en las orejas, aretes de pequeñas hojas de oro y brillantes que seguían el contorno de los lóbulos. Estaba todavía sin maquillar, pero su palidez impresionó a Alcaraz: estaba aún más demacrada que la última vez que la había visto, debía de haber sido tres o cuatro semanas antes.

—Quiero que me autorice. Quiero que me autorice, Julio. Pero él no habla, nadie me dice nada y todos conspiran a mis espaldas. Es el presidente, si me quiere como su vice debe decirlo hoy. ¿Y sabes lo que me responde ese maldito hijo de puta? Que es el partido el que debe proclamarme. Pero el partido sos vos, le contesté exasperada la otra noche. Es él quien insiste con el partido, y con las formas, con que hay que respetar las formas. Las formas, que se las metan por el culo: o me proclamás vos o mañana no salgo al palco. Espejo llegó de madrugada, estaba tan congestionado que temí que le diera un infarto. “Señora, no les puede hacer eso a los *descamisados*, han venido por usted desde todo el país”, me rogó casi entre lágrimas. No, no puedo participar si no sé qué debo decir.

Tras ese exabrupto se quedó en silencio y el peluquero no se atrevió a decir palabra, ni pensó que esperara un comentario de él.

—Y ahora aquí estamos vos y yo, Julio. Que vengan a buscarme si me quieren.

V

VOLVAMOS a Perón. Acaba de hacer su entrada al palco y la multitud, que lo ha estado esperando durante horas, lo vitorea. El general no es un hombre emotivo, siempre lleva impresa en su rostro la impenetrable expresión de un jugador de póquer. Y por eso, incluso ante este conmovedor tributo de las masas, permanece impassible. Como única concesión ahora se inclina levemente hacia adelante, sugiriendo el deseo de una mayor cercanía con su pueblo, y continúa saludando con ese enérgico movimiento de sus brazos. Un gesto viril. Y paternal.

La ovación no muestra señales de apagarse, pero ni el líder ni el bosque de hombres con trajes cruzados que lo rodean parecen impacientes por interrumpirla. Disfrutan del merecido homenaje. Habrá tiempo para los discursos.

Sólo quedan unos pocos segundos para que la satisfacción en el palco comience a agrietarse, los rostros de los leales se retuercen en las más diversas expresiones, que van desde la simple decepción hasta el puro terror, incluso la sonrisa del general se crispa: la multitud que todavía agita pañuelos y banderas ha dejado de gritar su nombre.

En los noticieros cinematográficos de la época el momento se documenta como un cambio de humor de la masa, del amor hacia la devoción. Del fanatismo político hacia el fervor religioso.

Es a Evita a quien quieren, a quien anhelan, a quien reclaman, y esa súplica se articula en tres sílabas que llevan el ritmo de un tambor. E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta

E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta E-vi-ta
E-vi-ta E-vi-ta.

Momentos de conmoción en el escenario, luego toma la palabra el secretario general de la CGT, José Espejo:

—Mi general, he aquí reunido al pueblo de la Patria para decirle a usted, su único líder, como en todos los grandes momentos: “¡Presente, mi general!”

La multitud ruge al unísono: “Presente”. Pero inmediatamente después ese otro nombre empieza a marcar el tiempo que se congela sobre la imponente figura de Perón. Aquí está de nuevo saludando y luego llevándose las manos al corazón, mientras debajo la multitud le devuelve el afecto levantando millones de brazos hacia el ídolo, pero no es su nombre el que vuelve a estar en boca de todos. Perón es ahora una estatua de sal. Incluso la media sonrisa que lleva perpetuamente en la comisura de los labios se va apagando como un cigarro ya consumido.

Espejo vuelve a tomar la palabra.

—Mi general, aquí notamos una ausencia, la de vuestra esposa, la de Eva Perón, la sin par en el mundo...

Una ovación cubre el resto de las palabras.

—Compañeros... tal vez su modestia, que es su más grande galardón, le impida... Permitidme, mi general, que vayamos a buscarla.

VI

CUANDO la conocí las dos éramos jóvenes actrices en busca de fortuna y nos tratábamos de vos: los actores éramos una tribu, en las interminables noches de Buenos Aires íbamos de un café a otro, desde un fondín donde incluso de madrugada te servían un *puchero* hasta un salón de baile donde Aníbal Troilo al bandoneón nos destrozaba el alma con sus inmortales tangos. Podíamos ver amanecer en Corrientes, sentados a una mesa con un poeta sin un peso partido por la mitad que garroneaba el primer café del día, o en compañía de Discépolo, de Roberto Arlt, del compositor Homero Manzi, incluso de Borges. Qué nostalgia de aquellos años. Era fácil ser pobres, jóvenes y soñadores, y era fácil encontrarse. Pero con ella acabamos viéndonos con cierta asiduidad incluso en el salón de Julio Alcaraz, el peluquero, hasta mediados de los años cuarenta. Luego, cuando se convirtió en la señora de Perón, todo cambió, Julio iba a peinarla a su casa, después yo me volví militante, por así decirlo, del peronismo, y aunque la veía seguido delante de los demás la trataba de *usted*, como correspondía.

Pero siempre fue generosa con sus antiguos compañeros, actrices, directores, cantantes... al menos con todos los que en el pasado no la habían lastimado o incluso humillado, como en cambio había hecho Libertad Lamarque, a quien nunca perdonó.

Le diré algo que quizá nadie le haya dicho todavía. A la espera de una audición o en el salón de Julio Alcaraz se

producía la habitual charla entre mujeres, cotilleos sobre la última amante de algún director, consejos sobre pintalabios o polvos faciales, una nueva zapatería... Todas éramos chicas bonitas, quien más quien menos; teníamos ambiciones, unas más que otras, pero no se olvide de que estamos hablando de finales de los años treinta o algo así: la mayoría de nosotras, y ni siquiera tan secretamente, soñábamos con el matrimonio. Una vez que encontráramos al hombre adecuado, nos casaríamos, tendríamos hijos y formaríamos una familia. Por supuesto, también estaban las divas, actrices muy talentosas o muy ambiciosas que habrían vendido a sus madres por un papel protagónico; tampoco faltaban aquellas con aires de superioridad que miraban a las demás por encima del hombro y se creían importantes. Eva, en cambio, con ese cuerpo mínimo, la torpeza de una provinciana que aún no ha adquirido el uso del mundo, una aspirante a artista anónima y sin un centavo, no hablaba de una carrera, sino de una aspiración, de un resultado al que se sentía predestinada cuando me decía: “Sabés, Silvana, voy a llegar a ser muy importante; lo sé, lo siento, porque tengo una vocación, una gran vocación...”

Ninguna de aquellas jóvenes actrices, y mucho menos las más desinhibidas, se habría expresado con esas palabras. Habría parecido inapropiado declarar abiertamente una intención tan clara de éxito: estaban dispuestas a maquinar, urdir, seducir, incluso a arrastrarse para alcanzar sus objetivos, pero en las sombras; fingían humildad, se mostraban ingenuas, modestas...

Quiero ser clara: cuando Eva Duarte me dijo que quería convertirse en alguien importante, se refería a su carrera como actriz, pero, viendo hasta dónde llegó después, no puede descartarse que lo que ella llamó vocación fuera

sólo el nombre que le daba, el único que conocía en ese momento, a su deseo de convertirse en alguien, en una de esas personas que cambian el mundo, no sé si me explico.

Para hacerle comprender lo inaudito de este propósito de Eva le diré que no es cierto que estuviera negada para la actuación —“una perra”, según sus detractores—, pero tampoco podría afirmar que se distinguiera por un talento particular. En definitiva, no tenía suficientes cualidades para transformar la vocación que se atribuía a sí misma en algo memorable. Pero vayamos al grano: la Eva Duarte que conocí a los veinte años era una muchacha delgada, demasiado delgada para los estándares de la época, con pechos adolescentes, tobillos gruesos y un rostro bonito, con ojos ardientes, dientes perfectos y una tez particular, eso sí, como si su piel fuera de ópalo, blanca, muy tersa, pero en general nada del otro mundo. No sé si logro transmitir la idea.

Hay una foto bastante famosa de esa época a la que me refiero. Se las ingenió para conseguir la portada de una revista femenina; allí está retratada en una pose que pretende ser seductora, en *culottes* y camisola, tal vez le habían puesto algo de relleno en el sostén para aparentar al menos dos tallas más, pero lo que puede ver es a una señorita anónima que podría ser una dependienta, una mecánografa, la típica vecina de al lado que por error aparece en una revista. No parece ni remotamente una *pin-up*, no resultaba sexy, no tenía ningún atractivo, sólo parecía una criatura asustada obligada a hacerse pasar por una mujer fatal, y el efecto, lamento decirlo, era casi patético.

Ahora bien, si compara esa imagen con otra cualquiera de cinco o seis años después, no puede creer que se trate de la misma persona: una mujer vistosa y sofisticada, con brazos bien torneados y cabello aún no platinado pero ya rubio, peinada de manera elaborada. El rostro de-

macrado, que es el que recuerdo, un poco pálido en general, se ha vuelto radiante, sus mejillas se han llenado y finalmente ha aprendido a sonreír.

Usted me dirá: ¿de qué se sorprende, Silvana?, conoció a una chica que, como tantas otras, en cierto momento floreció y se hizo mujer. Más hermosa, más segura de sí misma, más capaz de valorarse.

Yo le respondo que se equivoca: Eva Duarte no ha cambiado con los años, se ha esculpido, se ha creado a sí misma como una artista, no se ha limitado a ser diferente, con esa tremenda voluntad que le decía yo, literalmente se ha reinventado a sí misma. ¿Comprende ahora qué relación tenía con su propio cuerpo? Una cera dócil en sus manos, eso era.

La versión de Eva, de Iaia Caputo,
se terminó de imprimir y encuadernar en septiembre de 2024
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
calzada San Lorenzo, 244; 09830 Ciudad de México.

En la composición, elaborada en el Departamento
de Integración Digital del FCE por Héctor Moisés

Salas Pérez, se utilizaron tipos Karmina.

La edición consta de 3 000 ejemplares.

A mediados del siglo xx emerge una figura mítica y santa en la vida pública y política de Argentina: Eva Duarte, también conocida como Eva Perón o simplemente *Evita*. Sobre quién fue realmente permea una niebla casi mística. Iaia Caputo reconstruye la vida de la primera dama, desde su modesta juventud hasta el pináculo de su carrera política. Mediante diversos narradores, que alternan entre una voz omnipresente y relatos testimoniales de amigos, colegas y demás personajes que la acompañaron a través de etapas críticas de su vida, se crea un retrato profundo y complejo de Eva, una mujer que, además de tener una fuerte imagen pública en la política y el activismo por los derechos humanos, es vulnerablemente humana. Más allá del mito de Santa Evita, la obra pinta un perfil realista y documentado que suscita una reflexión aguda sobre su legado.

Iaia Caputo es escritora, traductora y periodista italiana. Ha colaborado con la revista *Marie Claire* durante más de una década, así como con otros medios italianos como *Il Mattino*, *Rai* y *La Repubblica*. Su obra trata cuestiones de género, el papel de la mujer en la sociedad y los derechos de las mujeres. Es una luchadora incansable en contra de la violencia de género. Es cofundadora de la asociación *Se non ora quando?*, cuyo objetivo es promover el debate sobre el sexismo, el machismo y la cosificación de las mujeres, así como luchar por la igualdad de los derechos y oportunidades.

ISBN 978-987-719-535-4



9 789877 195354



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA
1934-2024